



merciales reuniesen las diversas comarcas del Asia (1). Entonces la Bactriana, la Margiana, la Hircania, no tenían para sus habitantes más que groseras y miserables poblaciones, y por toda riqueza las rocas de sus montañas; Nino y Semiramis llevaron inmensos tesoros á su capital. Bactras, lugar de depósito entre la India y la Asiria, sirvió así á la prosperidad de Babilonia, á la cual, por el Eufrates, hacia llegar todos los objetos de lujo venidos de la India. El Eufrates, trabajado en todo su curso, contenido en largos y bellos canales, atajado por exclusas y recibido en sus avenidas por un lago, alimentaba á Babilonia, cuyo comercio era su vida (2).

Semiramis, sin embargo, no se limitó á pacíficos trabajos. Deseando vencer á los pueblos como á la naturaleza, dícese que se puso á la cabeza de tres millones de infantes, quinientos mil caballos y cien mil carros, y recorrió el Asia (3). Al ver tan poderosa y tan grande á esta mujer extraordinaria, todo pueblo y toda nación doblaron la rodilla á su paso, ofreciéndola tributos y renunciando á su independencia.

Un silencio de estupor y de admiración se extendió por todo el Oriente. Semiramis pasa; no tiene tiempo de someter á esclavitud á los vencidos, pero cambia y renueva todo en su marcha. Nada se la resiste, ni las rocas, ni los precipicios, ni las montañas. Después de ella, no subsistirá su dominio, sino que únicamente permanecerán sus obras materiales. Se verá largo tiempo á estos magníficos caminos, que traza á través de los picos y de los lugares esca-

(1) En siete días se iba desde la India al país de los bactrianos y hasta el río Icarus; por allí las mercancías podían atravesar el mar Caspio, y entrar después en la embocadura del Cyrus. Un trayecto de cinco días por tierra, bastaba también para llegar después al Tasis, que las conducía al Ponto-Euxino. Hé aquí ciertamente comunicaciones bastante fáciles, que, á la verdad, no existen hoy en mejores condiciones, existiendo realmente en la antigüedad. (Eratóstenes, Estrabon, Montesquien, *Esprit des lois*, lib. XXI, cap. VI).

(2) El curso del Eufrates estaba tan torcido, que los que descendían del mar á Babilonia por este río, encontraban tres veces en tres días la ciudad de Arderica.

(3) Ctesias, Diodoro, Herodoto.

breros; los terraplenes que construyó para servir de monumentos funerarios á sus principales oficiales; las colinas que hizo surgir para colocar sobre ellas ciudades; los lagos que improvisó (1), y de los cuales dotó á muchas comarcas. Para grabar una inscripción y dejar allí su imagen, abre y corta los flancos de una montaña.

Así avanza hácia el Occidente y da su ley al Egipto. Penetra más lejos que Nino, y recibe el homenaje de la Etiopía; después, su ejército se retira lentamente y con gran estruendo, como un largo río que abandona los campos, cubiertos de repente con sus aguas, y que va á inundar en su curso á otros países.

Habiendo descansado Semiramis apenas algunos instantes en Babilonia, vuelve á emprender su marcha hácia el NO. ó hácia el SO.; deja memoria entre las poblaciones del vasto imperio del centro de la China, que todavía se acuerdan de la entrevista de uno de sus emperadores con la poderosa reina del Occidente, así como también entre esos otros pueblos, igualmente desconocidos, que, retirados más allá del Ganges, son apenas empujados á larga distancia ó de cuando en cuando por los grandes conquistadores de la Asiria. La Asiria llegó á todos los límites del mundo antiguo.

Hé aquí el carácter que es necesario asignar á todas las conquistas de la antigüedad. Los príncipes no extienden realmente los límites de su imperio. No hay proyectos ni planes acordados; hasta que se presenta un invencible obstáculo, se avanza siempre en estos singulares viajes de descubierta, en estos reconocimientos armados que un monarca acomete con millones de hombres. Desde luego que este era un paseo militar, una marcha triunfal á través de los pueblos; pero que si se les obligaba á retroceder, era entonces necesario que se abriesen paso de nuevo hácia atrás, y la retirada venía á ser peligrosa y á la ventura. ¡Qué importa para la gloria! La Historia da siempre á los conductores de estas asombrosas expediciones el nombre de conquistadores.

(1) El lago de Van, en Armenia.



Semiramis estaba en Babilonia. Sabiendo que había del lado de Oriente un país en donde se encontraba un bello y dulce clima, un territorio abundante en minas de oro, plata, cobre, grandes riquezas, piedras preciosas de todas clases, dientes de marfil, en fin, animales especiales, elefantes, que se les enjaezaba con exquisito gusto y eran terribles en los combates, ella no vaciló, hizo inmensos preparativos, y fué á buscar aventuras por este lado. Hasta el *Sind* (*Indus*) todo fué una victoria. Ya muchas veces la Bactriana y las provincias vecinas habían sido conquistadas, es decir, atravesadas. Pero en el Indus la escena cambia; la reina ve tropas dispuestas á resistirla, y pasa el río á su vista. Aquí la historia se transforma completamente en romance (1). Todo lo que se sabe es que Semiramis fué rechazada; era el imperio de los aryaes de la India el que la oponía sus fuerzas y su independencia; desde entonces, los asirios no se volvieron á presentar en la frontera de la India (2).

La reina retrocedió hasta la Asiria; quizá desde este momento palideció su estrella. Se dice que la dió mucho que hacer su ministro, que se sublevó, y que su hijo intentó un parricidio.

Como quiera que sea, desapareció repentinamente. «Estaba encerrada en su departamento real. Un bando de palomas vino á colocarse sobre los terrados de su palacio; mezclada con estas aves, volóse con ellas. Por eso los asirios inmortalizaron á Semiramis, y tributaron honores divinos á la paloma (3).»

La más completa oscuridad rodea, pues, la

(1) El duelo de Semiramis con el *stratobata* indio, no vale la pena de ser contado. Le dejamos á cargo de Diodoro, que, cuando habla de la India, no parece estar muy seguro de lo que dice. Notemos, sin embargo, que los más hábiles historiadores de los aryaes de la India reconocían el hecho del ataque asirio y de la retirada de los invasores semíticos. Realzan también el nombre del *Stratobata*, en donde encuentran el título de *Shavara-pati*, señor de la tierra; este título correspondía al jefe de un pueblo bastante poderoso para rechazar á Semiramis. (Adolfo Siclet, *Los Aryas primitivos*, t. II, 1863.)

(2) La India.

(3) Diodoro.

muerte, como el nacimiento de la princesa asiria. Dejó ella, sin embargo, un testamento que legaba á la posteridad, un epitafio que tenía el derecho de escribir para su gloria, si es cierto que vivió, como lo indica su renombre. Hé aquí lo que se leía, según se dice, sobre la tumba de Semiramis; es el resumen de su reinado por ella misma:

«No he recibido de la naturaleza, sino el cuerpo de una mujer. Por mis actos, me he igualado al más valiente de los hombres.

«He tenido bajo mi ley la dominación Nímus, que no está limitada al Oriente más que por el río *Hinaman* (Indus), que toca al Sur con el país del incienso y de la mirra, que al Norte se apoya sobre los *Sogdos* y los *Sagues*.

«Antes que yo, ningún hombre de Asiria había visto mares; yo he visto cuatro, que nadie abordaba; tan lejanos estaban.

«Yo he forzado á los ríos á correr por donde me placía, y no les he dirigido más que por los lugares en donde podrían ser útiles.

«He fecundado las tierras estériles; he levantado fortalezas inexpugnables; he taladrado con el hierro, á través de intransitables rocas, largos caminos.

«He abierto caminos á mi paso, y mis carros han corrido por donde las más feroces bestias no podían marchar.

«En medio de estos trabajos, he encontrado tiempo para mis placeres y para mis amigos (1).»

El reinado de Semiramis presenta el tipo de un período, cuyo punto culminante está ocupado por ella, ó que no se debe ver en su vida más que el reinado de una mujer de genio, que ocupa el trono durante unos cuarenta años; siempre es un período de esplendor para el imperio de Asiria. Es muy posible que alguno de los sucesores de Semiramis no marchase sobre sus huellas; es también probable que todos, sin elevarse á su altura, no fuesen reyes holgazanes de Nínive y de Babilonia; todos, además, puede decirse que fueron reyes desco-

(1) Polyen., I, VIII, 26. Adoptamos casi completamente la traducción de M. Poirson (*Precis d'histoire ancienne*).



nocidos (1). El imperio fundado por Nimus y Semiramis, habria tenido necesidad para subsistir sobre sus dilatadas bases, de una renovacion perpétua de conquistas. Le era necesario tener una série de monarcas con hábitos guerreros, y una ambicion tambien sin límites. Dios no prodiga hasta este punto el genio de los conquistadores.

Los sucesores de Semiramis, de los cuales se han conservado los nombres (si aun estos nombres no son palabras vacias de sentido é intercaladas en las listas, llenas de vacios) (2), vivieron á la usanza oriental, aunque no hay que admirarse mucho de esto, porque es el defecto comun del país y de la raza. *Ninyas* comienza la decadencia, hácia el 1874.

Encerrados en sus palacios, donde el lujo brillaba con todo su esplendor, donde las habitaciones estaban cubiertas de telas enriquecidas con filetes de oro, donde sobre los muros, la madera, la piedra, el mármol, todo estaba esculpido y cubierto de pinturas é inscripciones; entregados á todos los excesos de la molicie y á toda clase de desórdenes, á las mujeres de sus harenes, á las bailarinas y á los músicos (3), se dejaban cuidar por los eunuocos, y gobernaban, desde el fondo de su serrallo, como gobiernan todavía hoy los sultanes de Stambul y los Schahs del Irán. Bien es cierto que los países unidos al imperio se iban separando poco á poco. Se les habia dejado su religion, sus costumbres, sus leyes, su gobierno, en fin, su nacionalidad; los príncipes de Babilonia y de Nínive no les obligaron sino á reconocer la supremacia de su cetro y pagarles un tributo. Estas frágiles trabas fueron al punto rotas, y eximiéndose de los tributos y rechazando la supremacia, cada uno se encontró en su primitiva independencia.

no de los sucesores de Semiramis no marcha
se sobre sus huellas; es tambien probable que

(1) Poirson, *Precis d'histoire ancienne*.

(2) Una cosa que da algun fundamento á esta suposicion, es la prodigiosa contrariedad que existe entre las listas que poseemos. Esta diferencia puede provenir en cierto sentido del modo de escribir en Oriente. Lo que es cierto, es que no hay un príncipe que se encuentre en todas partes, con el mismo nombre y la misma fecha.

(3) Herodoto, Diodoro.

Era, pues, inútil que los soberanos que sucedieron á *Ninyas*, *Arias*, *Arabel*, *Xerces*, *Armamithra*, *Beloch* y *Balech*, durante un intervalo oscuro de más de doscientos años (1), reuniesen todos los años en los muros de su capital cuatrocientos mil soldados sacados de todas las comarcas de su obediencia. Habian tomado todas las precauciones necesarias para disciplinar y amaestrar sus tropas. Dejándoles sus oficiales nacionales, les daban jefes asirios, cuya fidelidad aseguraba la del ejército y del pueblo. Confiados en estas medidas de prudencia, al abrigo de toda revolucion interior, creian no tener necesidad de cuidarse de más para conservar sus estados. Y durante este tiempo cada dia se tenia noticia de alguna nueva defeccion; sucesivamente la Etiopia, el Egipto, la Libia, la Palestina, la Siria, toda el Asia Menor, se libraban de su dominacion, sin tener necesidad de luchar para recobrar sus derechos. Hollados un instante por el carro de Semiramis, estos países se levantaban naturalmente sin esfuerzo. El Oriente parece ser el único que permanecia fiel (2).

La capital del imperio de Asiria, Babilonia ó Nínive, segun el capricho de los príncipes, permaneció todavía como el punto céntrico del imperio, pero de un imperio cuyos límites eran cada vez más reducidos. Por lo demás, el lujo no languidecia; las necesidades del monarca aumentaban por todas partes en donde se dejaba sentir la influencia real; el comercio, la industria y las artes prosperaban. Entonces, en un profundo reposo, todos los ramos de la actividad humana debian desenvolverse; la música preluaba los más dulces acordes por un ritmo sin modos, pero lleno de naturalidad y de gracia. Más útil la medicina, privada de sus ayudas naturales la química y la anatomía, procedia con paso incierto por medio de experiencias dudosas. A la puerta de las casas se veian los lechos en donde estaban expuestos los enfermos, y se preguntaba á los transeuntes si habian padecido las mismas enfermedades, y cómo habian sido curados. El enfermo que recobraba

(1) *Art de verifier les dates*, Eusebio, Syncello.

(2) Th. Burette, *Cahiers d'histoire ancienne*.



la salud, hacia colocar, como primera ofrenda á Dios, sobre los muros de su templo, un cuadro en donde estaba escrito el padecimiento que habia tenido y los remedios que le habian sanado. Estos cuadros eran notas esparcidas, documentos para consulta. Se esperaba un Hipócrates para ponerles en órden.

Sin embargo, ¡cuánta vanidad en las artes y en la ciencia de la Caldea! Los astrónomos seguian el curso de sus observaciones; pero en ellas intercalaban ya quizá esos largos é imaginarios períodos, que debian, conciliando ciertos fenómenos, restablecer el órden del cielo, no creando más que mentiras. Se les perdonaria sus aberraciones científicas y sus fábulas de amor propio, si se hubieran atendido simplemente á sus cuentos de astronomía.

Por desgracia, los astrónomos caldeos eran tambien al par los sacerdotes de la Asiria y de la Babilonia; bajo este concepto, la religion y la moral dependian de ellos, y dejaban corromperse en sus manos estas dos cosas, bien necesarias y santas en toda sociedad. El Oriente caminaba á la disolucion. Poco les importaba que la idolatría más vergonzosa viniese á ser el patrimonio de las masas; ellos sabian sacar provecho de ella. Mientras que el pueblo se prosternaba ante su Belo, ellos hacian hablar al dios; y el gran sacerdote designaba cada dia la mujer de la ciudad que Belo habia escogido para esposa suya. Dejaban que el vicio se desbordase en el vergonzoso culto de *Mylitta*. Para que los extranjeros pudiesen visitar el templo de la diosa, era necesario que fuesen recibidos segun la conveniencia del lugar. Babilonia les entregaba á sus hijas. Para sostener este santuario de perpétuas infamias, todos los barrios de la ciudad eran puestos á contribucion; toda mujer, por lo ménos una vez en su vida, debia ser introducida cerca del altar de *Mylitta*, y pagar allí el impuesto de su virtud (1).

Así se concibe, cómo Babilonia, recibiendo tales ejemplos, sometida á tales leyes, no guardó ya ningun freno, y perdió hasta el sentimiento del pudor. La poligamia, como en to-

(1) Herod., lib. II, cap. CXXXI; Strabon, lib. X.

dos los países de Oriente, estaba allí muy desarrollada; mas como al mismo tiempo las mujeres gozaban de una omnimoda libertad, el mal era dos veces mayor. No estimaban ya en mucho un honor sacrificado á Belo y á *Mylitta*. Allí tenian lugar esas ventas que entregaban las más bellas hijas del país por sumas que servian despues para hacer entrar á las más feas en ciertos harenes secundarios. Desde entonces, como en tiempo del profeta, la deshonra y el vicio se mostraban descaradamente en pleno dia; ¿qué cosa más natural que estos escándalos públicos (1), á vista de los desórdenes y de la infamia del culto?

Ciertamente la responsabilidad de la casta sacerdotal, que habia arrojado á la raza humana en un estado intelectual y moral tan degradado, debió ser grave ante Dios. Y sin embargo, los sacerdotes no eran ménos omnipotentes en medio del mundo que ellos habian educado; ejercian su influencia sobre las artes, el comercio y la agricultura, que habian declarado accesorias de su religion; y es preciso decirlo, las artes, el comercio y la agricultura florecieron, no obstante, bajo su proteccion. Solamente Dios estaba despreciado; el honor y la moral conculcados. La Asiria y la Caldea, debilitadas por la corrupcion, estaban sujetas á revoluciones continuas. El imperio podia brillar á veces con un esplendor efímero, pero al punto, envilecido, sin fuerza ni valor, pasaba de la dominacion á la esclavitud. Fué presa de las naciones, que sucesivamente vinieron á descansar en las delicias del centro del Asia, la cual mereció ser llamada «el asiento público de los pueblos (2).»

La medida estaba llena; el Asia tuvo necesidad de castigo; llegará pronto el que Dios la reserva.

La Asiria, en su ciega obstinacion, en su

(1) 42. «Y las mujeres, ceñidas de cordones, se sientan en los caminos, quemando huesos de aceitunas.»

43. «Y cuando alguna de ellas ha sido llevada por algun pasajero que la ha seducido, zahiere á su compañera de que no fué tenida tan digna como ella.» (Baruch, cap. VI.)

(2) Michelet, *Introduccion á la Historia Universal*.



olvido de las verdades primeras reveladas, no acierta ya á seguir el derrotero de los grandes destinos; y en medio de sus ruidosas conquistas, de sus harenas, de sus vicios, de sus deslumbradoras glorias y su fastuoso apogeo, la mano de la justicia déjase sentir sobre la frente de una sociedad malvada. Su corrupcion y su impotencia déjanse dominar fácilmente bajo el cetro de los tiranos, siendo este el primer castigo con que la Providencia invoca al Asia á su salvacion.

Este es el fin de todas las sociedades nefandas. Nótese bien, y no pasen desapercibidos para el lector tan tristes ejemplos.

Mientras que la Asiria, anulando su representacion, olvida hasta el nombre de sus reyes, va á presentarse en escena un nuevo conquistador; se ha concedido poder á aquel que viene del Occidente. Todos, príncipes, sacerdotes

y pueblo, duermen en las delicias, cuando se deja oír súbitamente á lo lejos un gran ruido, sordo y confuso en un principio, parecido al que producen las olas que la mar arroja sobre la playa.

Desde las orillas del Nilo y del mar Rojo se levanta y pone en camino un ejército de hombres de color moreno y de rudo entendimiento. Corre impetuoso como un torrente; todo se desploma ante él. Babilonia y Nínive, para no ser arrolladas por el embate, reciben la oleada aprestadas al combate en sus murallas. La Asiria es conquistada; el egipcio ocupa el lugar de *Altadas* (1), y para consolarse de su derrota, ella inscribe en sus listas con pomposos caracteres el nombre de *Sethos*.

(1) *Arte de computar las fechas.*

es verdaderamente una de esas grandes «fábricas de naciones,» cuya historia ha señalado, de tiempo en tiempo, prodigiosas fecundidades y formidables emigraciones.

CAPÍTULO VIII

La Persia (Irán).—Los Aryas primitivos hasta su dispersion.—Instituciones, costumbres y creencias de los Aryas.—Tradiciones primitivas.—Los Aryo-Helenos, y los Iberos.

Al N. y al E. de la Caldea, del otro lado del rio Tigris, se extienden vastas comarcas, diversas por su aspecto y clima. A la orilla del mar, llanuras pantanosas, con impetuosos vientos y excesivos calores; al N., montañas y frios rigorosos; en el centro, un país de delicias, un cielo riente y voluptuoso, todas las riquezas vegetales del Oriente; una de ellas se llama la provincia de los *Lysios* (1). Esta es la tierra de los *Dens* y de los *Peris*, de los dragones y de las hadas; es el *Irán*, asiento de la antigua nacion *Aryána*, cuna de esa rama de la familia jafética (2), que ha producido los innumerables pueblos *indo-europeos*.

Los aryas primitivos, en efecto, son el tronco comun de las tribus del Occidente, como los medas, persas é indios. Su país originario

(1) La *Susiana*, de *susan*, *lys* (*Arte de computar las fechas*).

(2) «Jafet es el padre de la nacion Aryana,» dice M. Adolfo Pictet en su sabia y curiosa obra. «Se podría ver en el nombre de este patriarca un compuesto de *Gaspati*, el señor de la casa, ó *Gapatiatha*, el jefe de la raza por excelencia, y se debe aproximar este nombre al de *Japetosthe*, el tercer hijo de Ksiuthr, el Noé caldeo, segun Moisés de Khoren.» Rindamos un justo tributo á las indagaciones tan notables de M. Pictet sobre los *Orígenes indo-europeos* ó *Aryas primitivos* (dos volúmenes, 1863). Es, con los estudios de M. Emilio Burnouf, de los cuales hemos hecho uso para las primeras épocas de la historia de la India, un verdadero descubrimiento. La antigua nacion de los Aryas, ha sido, por decirlo así, hallada otra vez en el *Diccionario* de las lenguas derivadas del sanscrito y del zendá, dialectos originarios, procedentes de una misma y única fuente, y en los *Libros Sagrados* de la Persia y de la India.

Este pueblo aryá no tiene anales ciertos, no los tendrá quizá nunca. La ciencia etnológica, la ciencia lingüística, le han reconstituido, con gran trabajo y por admirables esfuerzos, una existencia y una unidad fuera de duda. Estas ciencias le han vuelto á encontrar, y seguido sus huellas en el vocabulario, en la escritura, en las doctrinas, en las tradiciones, en las costumbres de los más remotos tiempos. A este pueblo es á quien se debe la forma célebre y tan largo tiempo indescifrable de sus misteriosos caracteres de hierro de lanza, cabeza de clavo, espina de pescado, cuña triangular, que se llaman letras Asirias ó *cuneiformes*; caracteres que llenan los restos de los más antiguos monumentos del Asia septentrional y central; caracteres cuyo secreto nos han dado recientemente un descubrimiento sin precio (1).

(1) Este descubrimiento, casi igual para la alta Asia, al que el genio de Champollion ha dado en nuestro siglo para el Egipto, es debido á muchos sábios, cuyos nombres y trabajos debemos recordar aquí rápidamente. Un filólogo de Hanovre, M. Grotefend, es el que, en 1802, ensayó en Goettingue, sobre las inscripciones traídas de Persépolis por el ilustre Nieburh, la determinacion de algunos de estos caracteres, que consideraba como alfabéticos. Descubrió de esta suerte dos nombres propios, los de Dario y de Jerjes; las hipótesis del sábio habian sido ayudadas ciertamente «por algo providencial,» como dice M. Vivien de S. Martin, que hay en el fondo de todos los descubrimientos del genio. En 1826